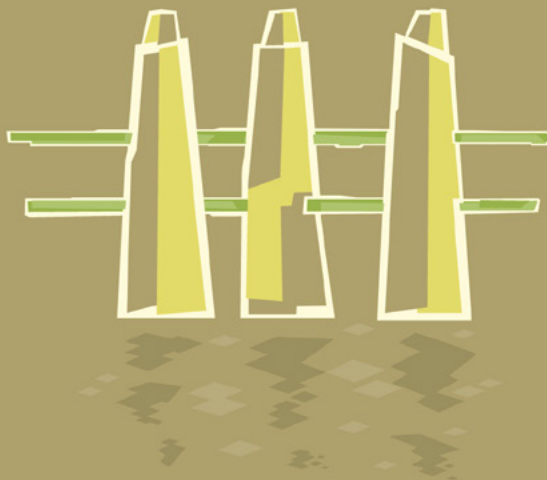


UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE ENTRE RÍOS



JUAN JOSÉ MANAUTA



LAS TIERRAS BLANCAS

COLECCIÓN



— EL PAÍS —
DEL SAUCE

Director de la colección

SERGIO DELGADO

UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE ENTRE RÍOS

LAS TIERRAS BLANCAS

JUAN JOSÉ MANAUTA



Introducción

EVANGELINA FRANZOT

Edición y notas

GUILLERMO MONDEJAR

COLECCIÓN



~ EL PAÍS ~
DEL SAUCE

MANAUTA, JUAN JOSÉ (1919-2013)

Las tierras blancas / Juan José Manauta ;
prólogo de Evangelina Franzot ;
coordinación general de Guillermo Mondejar ;

1.^a ed. :

Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2022 ;

Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, UNL, 2022 ;

320 pp. ; 23 x 16 cm

(El País del Sauce / Sergio Delgado; 15)

ISBN: 978-950-698-497-7

A863 1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina. 3. Novela. I. Franzot, Evangelina, prólogo.
CDD II. Delgado, Sergio, dir. col. III. Mondejar, Guillermo, coord.

Introducción

EVANGELINA FRANZOT

Director de la colección El País del Sauce

SERGIO DELGADO

Coordinación

GUILLERMO MONDEJAR

Equipo editorial:

Manuel Siri, Paola Calabretta, Alexis Chausovsky, Manuela Acuña

Escultura y fotografía de *Torres de barro*:

Ulises Descalzo

© Herederos de Juan José Manauta

© EDUNER, 2022

© EDICIONES UNL, 2022

© Manuel Siri, ilustración de cubierta: *Torres*, 2022.

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos

Andrés Pazos 406 – E3100FHJ – Paraná, Entre Ríos, Argentina

eduner@uner.edu.ar – www.eduner.uner.edu.ar

EDICIONES UNL, Universidad Nacional del Litoral

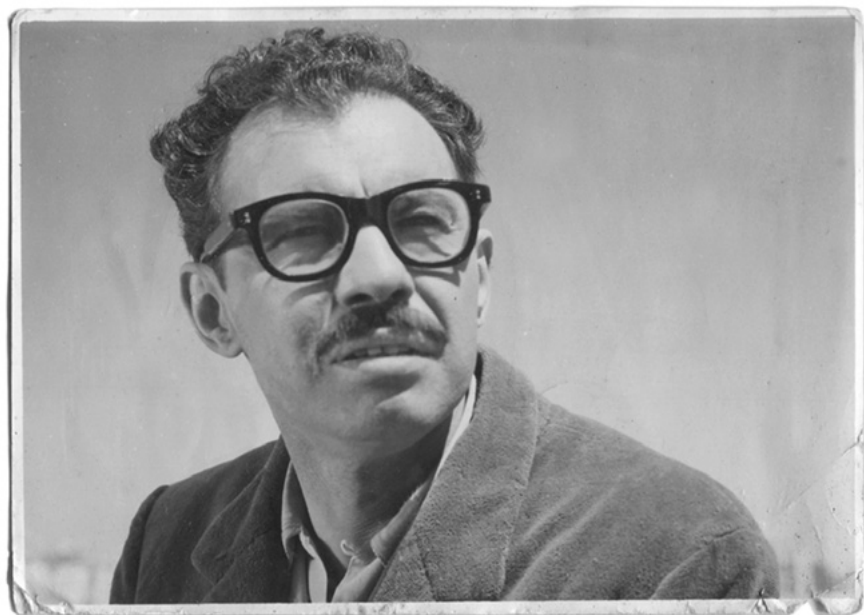
Facundo Zuviría 3563 – S3002EXA – Santa Fe, Argentina

editorial@unl.edu.ar – www.unl.edu.ar/editorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11 723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11 723 y 25 446.

Editado e impreso en Argentina.



Fotografía de Juan José Manauta tomada durante el rodaje del film *Las tierras blancas* (1959), dirigido por Hugo del Carril, en el que interpretó al personaje Muchacho con anteojos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. <i>Evangelina Franzot</i>	IX
Narrar el destierro: de <i>Los aventados</i> a <i>Las tierras blancas</i> [IX] ~ <i>Las tierras blancas</i> y la definición de un estilo literario [XIII] ~ Tierra adentro. La interiorización del paisaje en <i>Las tierras blancas</i> [XIX] ~ Personajes [XXV] ~ La madre: entre el silencio y la palabra [XXVI] ~ Odiseo [XXXIII] ~ Entre clásicos [XXXVI]	

NOTAS SOBRE ESTA EDICIÓN	XXXIX
--------------------------------	-------

LAS TIERRAS BLANCAS

Capítulo I	5
Capítulo II	19
Capítulo III	31
Capítulo IV	45
Capítulo V	57
Capítulo VI	77
Capítulo VII	101
Capítulo VIII	129
Capítulo IX	151
Capítulo X	171
Capítulo XI	187

ANEXO

La primera edición

Cegado por Odiseo. <i>Carlos Prelooker</i>	201
Una buena novela. <i>Bernardo Verbitsky</i>	202
Un toque hondo a las puntas del alma. <i>Mario Jorge de Lellis</i>	204
El realismo de Manauta. <i>Roberto Salama</i>	205
Un mundo en un día. <i>Alfredo Veiravé</i>	222
Una novela argentina. <i>Andrés Rivera</i>	223
El partido de la vida. <i>Francisco J. Solero</i>	225

Imágenes de la película <i>Las tierras blancas</i>	228
Tapas de las ediciones de <i>Las tierras blancas</i>	230
A treinta años de su publicación. <i>Entrevista de Ricardo Mariño</i>	231
Prólogo a la edición de 1997. <i>Pedro Orgambide</i>	235
Novela y cultura de masas. <i>Juan José Manauta</i>	239
CRONOLOGÍA	245
BIBLIOGRAFÍA	257
Libros [257] ~ Obras completas [258] ~ Narraciones no incluidas en los libros [259] ~ Teatro [259] ~ Cine y televisión [260] ~ Poesía [260] ~ Letras de canciones [261] ~ Ensayos y otros textos [261] ~ Ediciones en otros idiomas [264] ~ Entrevistas [265] ~ Sobre <i>Las tierras blancas</i> [267]	
NOTAS	269

LAS TIERRAS BLANCAS

JUAN JOSÉ MANAUTA



*Para mí, toda niñez tiene cierta calidad
que puede ser indescriptible, pero que no es,
en modo alguno, vaga.*

G. K. CHESTERTON

Capítulo I

ODISEO

Odiseo se puso de pie y la Madre lo supo aunque se hallaba de espaldas, inclinada sobre la batea, lavando. Restregaba la ropa con una energía ciega, obstinada, inconsciente; y el vaivén de las manos sobre la dócil prenda enjabonada parecía enajenarla, propiciando en ella un sentimiento de olvido y a la vez nostálgico. Olvido y nostalgia un poco abstractos, quizá, y no referidos directamente a días o acontecimientos ya transcurridos en su vida, porque tal vez nada hubiera en ella digno de la nostalgia, pero tampoco del olvido, de modo que ambos sentimientos, aun siendo paralelos, trataban de repelerse sin poder, empero, no acompañarse. El movimiento acompasado de las manos lograba arrullarla y en ese estado le era fácil —e inevitable— adivinar lo que hacía su hijo, aun sin mirarlo, y no sólo cuando se hallaba en casa, jugando con la tierra, sino cuando salía en busca de la comida que ella apenas le daba desde que Odiseo tuvo fuerzas para caminar e inteligencia suficiente para lograrla fuera del rancho por sus propios medios.

LA MADRE

Ahora se ha puesto de pie y mira hacia afuera, no hacia aquí, porque quizá ya tenga hambre. Le di unos mates, y eso era todo cuanto podía darle. Hoy fueron más y mejores que nunca porque su padre no estaba... No vino a dormir. Me imagino por qué no ha venido. Andará por ahí, borracho todavía (no digo herido ni muerto porque entonces ya me lo hubieran traído), al borde de alguna cancha de taba o en la puerta de algún corralón o en alguna «crujía»,¹ y ya se

habrá gastado la plata que sin duda le habrán dado en el comité para que juegue y se emborrache y para que hoy vote por ellos y no por los otros. Y tal vez se haya gastado también la que los otros le deben de haber dado por la libreta para que no vote por ninguno.

Hoy es domingo.

Domingo.

«—Hoy es domingo —me dijo él cuando llegamos a este lugar y yo traía a Odiseo en brazos, y él, en un atado que cargaba a las espaldas, la ropa, los cacharros de cocina y hasta un banquito de tres patas para que yo me sentara a descansar (todo lo que teníamos entonces, poco menos de lo que tenemos ahora, sin duda, fuera del catre).»²

En ese momento, cuando él me dijo que era domingo —yo no sabía, no recordaba exactamente qué día era, puesto que viviendo en el camino durante dos o tres semanas o tal vez un mes, nadie, no sólo yo, sería capaz de saber qué día era de Dios—, acabábamos de cruzar el puente Pellegrini y él agregó:

«—Ahora estamos en el departamento de Gualeguay.

—Bah. ¿Y qué hay con eso?

—Nada: que estamos en Gualeguay. Del otro lado del puente estábamos en el departamento de Gualeguaychú, y ahora estamos en Gualeguay, y probablemente aquí nos vamos a quedar.»

Yo pensé que no había mucha diferencia entre haber llegado a un lugar donde empezaba el departamento de Gualeguay y seguir andando por los caminos del departamento de Gualeguaychú.

«—Hoy es domingo —volvió a decir cuando llegamos a la puerta del primer rancho (este) que encontramos, después de bajar el terraplén, en medio de las tierras blancas.»

ODISEO

Odiseo se puso de pie, mas volvió a sentarse en la tierra pelada, blanca. La torre o columna de la izquierda era todavía más baja que la otra, pero antes de recomenzar el trabajo miró hacia afuera (no

hacia la calle, porque no había calle ni cosa que se le pareciera, sino, solamente, a setenta o quizá ochenta metros, otro cañaveral que era la parte trasera de otro rancho). Desviando los ojos un poco hacia la derecha, Odiseo miró los sauces, bajo los que se adivinaba, por cierto brillo en el aire y una diafanidad menos indecisa, el río. Odiseo detuvo su mirada unos instantes en ese lugar.

Era temprano, casi de madrugada.

Tenía tiempo, pero luego de un rato tendría que salir y esperar debajo del puente, a la sombra de los pilotes de madera.

«Esta torre», pensó, «es muy alta, y me parece que se le van a caer las dos puntas antes de que yo les pegue una patada y se las tire al diablo».

Necesitaba otro tacho de agua.

«El agua con jabón es la mejor agua para las torres. Es mucho mejor que el agua del río, porque el agua del río es muy blanda, se mueve mucho y no sostiene. Por eso uno tiene que bracear y patalear. Si el agua del río tuviera jabón, como el agua de mamá, tal vez lo podría cruzar caminando, como dicen que lo cruzó el perro de Soga Negra.»

Odiseo midió la tierra suficiente en el tachito de conserva y enseguida la derramó en el pequeño estanque cavado en el suelo. Con ambas manos fue juntando la tierra suelta, como si se dispusiera a empezar un amasijo, y con un dedo abrió un agujero en la cima de la montañita de tierra inerte. Era una tierra fácil de trabajar, gomosa, plástica, algo pegajosa, estéril, gastada y lavada por la erosión, muerta; tierra buena para modelar torres, columnas o chimeneas como las que Odiseo construía. Estas llegaban por lo común a sesenta o setenta centímetros de altura, y arriba, en la cúspide, antes de destruirlas a pedradas o a puntapiés, las coronaba con una torrecilla más pequeña, de diámetro menor. Otras veces levantaba dos o tres torres en hilera, y cuando llegaba a la mitad de la altura normal, las unía con una caña; después seguía hacia arriba, y al llegar al máximo de altura, las unía con otra caña. Así formaba un armazón, esqueleto o empalizada, algo cuyo sentido Odiseo no había previsto, ni tampoco trataba de imaginar *a posteriori*, satisfecho al parecer con el

misterioso equilibrio y la muda elocuencia del sostén. Se diría que de ello veía emanar una fuerza esencialmente distinta de la que lo mantenía en pie, y que Odiseo necesitara de ella para alimentar o conformar quién sabe qué germen incipiente y voraz, hasta que, una vez ahíto, debiera destruir su construcción a pedradas, antes de que algún perro vagabundo, esperanzado y hambriento, la viniera a oler o a orinar, y antes de que su madre le preguntara: «¿Qué es eso, m'hijo? ¿Qué has hecho, Odiseo?», y siguiera lavando o haciendo cualquier cosa, menos interesarse seriamente en las construcciones del niño.

Volvió a ponerse de pie y otra vez la Madre adivinó el movimiento del hijo, cual si estuviera unida a él por invisibles hilos o esa tierra fuera capaz de comunicarlos, sin otra señal o convención que su propia y casi definitiva esterilidad. Sintió los pasos (no los oyó porque Odiseo estaba descalzo) que se acercaban. Después vio la mano (la había presentido antes) del niño sumergir el tachito de conserva en la batea y sacarlo chorreante de agua jabonosa.

LA MADRE

¿Construirá una nueva torre? Sí, pero después la echará abajo a patadas. Todo es así, como nosotros...

Y ese domingo, cuando llegamos a este rancho, nos detuvimos a la entrada porque al principio creímos que estaba abandonado. Tal era su aspecto. Pero de entre el cañaveral del fondo vimos aparecer un niño algo mayor de lo que es ahora Odiseo. Asomé furtivamente, echando miradas indecisas hacia atrás, como si alguien oculto en el cañaveral le hubiera mandado asomarse, le ordenara avanzar y él no se animara. El chico estuvo así un momento, sin atreverse a dar un paso ni tampoco a retroceder, mirándonos. Nosotros también lo mirábamos en silencio, hasta que el niño, sobrepuesto a su extraña cautela, no se acercó, pero comenzó a mirarnos con mayor firmeza, sin necesidad de apelar al cañaveral y actuando por sí solo. Mi marido lo llamó con una seña y el chico obedeció, pero, tras él, apareció otro

muchacho y otro y un cuarto, de más edad, o por lo menos de mayor estatura y robustez. De cualquier manera, el primero era el más chico de todos, pero más grande que Odiseo (este Odiseo, ya crecido, y no el que yo llevaba en brazos y mamaba aún no sé qué de mis pechos, pues hacía varios días que no tomábamos más que mate).

Mi marido les preguntó:

«—¿Dónde está el padre de ustedes?»

Ellos le contestaron enseguida, sin esperar haberse acercado a nosotros lo suficiente, despreocupados de que les oyéramos o no. No recuerdo cuál de ellos habló el primero:³ tal vez el más chico, el que se parecía a Odiseo.

«—No tenemos padre.»

Entonces él les volvió a preguntar:

«—¿Y la madre?»

Ninguno de nosotros dos esperaba que nos contestarían lo que nos contestaron:

«—No tenemos madre.»

Cuando dijeron eso me pareció y me ha seguido pareciendo durante mucho tiempo que los cuatro habían hablado a la vez o que los cuatro tenían cara de eso: cara de no tener madre; no de ser huérfanos, sino de no haber tenido nunca madre —lo cual es una estupidez—, y haber nacido por su cuenta, pero es estúpido, porque ni eso siquiera era posible en esas —estas— tierras blancas, donde no crece ni el abrojo, ni el sorgo de Alepo, ni el abrepuño, y apenas la manzanilla de perro, ni ninguna otra plaga y menos alguna planta como la gente, sacada la caña, con flor o con fruta.

Era la primera vez que yo oía semejante cosa, y nunca se me había ocurrido pensar en ello. Es probable que a mi marido le pareciera tan extraño como a mí el hecho de que hubiera en el mundo —aunque se tratara del desconocido departamento de Gualeguay— niños abandonados, sin padre ni madre. Pensábamos en lo mismo cuando él les preguntó:

«—¿Murieron?»

—No, no murieron. No tenemos, y se acabó. ¿Por qué?»